
Adrián Gorelik - Fernanda Arêas Peixoto (Comps.) *Ciudades sudamericanas como arenas culturales. Artes y medios, barrios de Elite y Villas miseria, intelectuales y urbanistas, como ciudad y cultura se activan mutuamente.* Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, 466 pags.

Marcelo Robles Zúñiga

(FAHU, Historia USACH, Santiago, Chile)

La compilación dirigida por Adrián Gorelik y Fernanda Arêas Peixoto es un ambicioso proyecto de diálogo interdisciplinario y logra importantes aportes analíticos, metodológicos y narrativos, cobijados en el llamado “giro cultural”. El libro ofrece una reestructuración de la historia cultural, urbana y moderna. Y las ciudades de Río de Janeiro, Salvador de Bahía, Recife, San Pablo, Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Santiago, Montevideo, Quito, Lima, Caracas y Bogotá aparecen como los espacios privilegiados para poner en práctica dichas innovaciones intelectuales.

Valiéndose del concepto “arenas culturales”, acuñado por el reconocido historiador Richard Morse, y de los emblemáticos trabajos de Ángel Rama, José Luis Romero, Jorge Enrique Hardoy y Richard Schaedel, entre otros, los distintos autores del libro que reseñamos receptionan, resignifican y expanden las herramientas metodológicas y analíticas para potenciar la comprensión e interpretación de las fuentes culturales consultadas. Ello permite una historiografía urbana que reemplaza el predominio estructuralista (de impronta cuantitativa, economicista, sociológica y urbanista) instalado desde mediados del siglo XX, por un diálogo refinado sobre la articulación -siempre dificultosa y polémica- entre ciudad y cultura.

Se trata de una clara y abierta invitación a los lectores a receptionar nuevos tratamientos de “lo cultural”. Los autores abandonan una perspectiva dicotómica, no entienden lo cultural como *recepción pasiva* de las creaciones artísticas tomadas de manera individual y realista, ni desde su literalidad textual, ni como formas cognoscitivas de estilos y productividad artística, al margen del contexto histórico de emergencia. En lugar de ello, buscan hilvanar el carácter específico con que la vida cultural es vista en tanto *producto activo* de la ciudad y, a la vez, en tanto *correspondencia, experimentación y combate* entre los diversos círculos intelectuales, artísticos-culturales y sus prácticas de acción. Ello les permite iluminar la dinámica articulación representativa y performativa de vida y su relación con la ciudad. De ahí la recepción, reedificación y reconversión que propone el concepto de “arenas culturales”.

El libro se organiza en cinco ejes temáticos. El primer capítulo, “Laboratorios Culturales de entresiglos (XIX y XX)”, propone un viaje por las ciudades de Río de Janeiro, Buenos Aires y San Pablo y aborda una variedad de objetos de estudio para pensar culturalmente “la ciudad”, entre los que se encuentran los fragmentos espaciales y monumentales. En efecto, María Alice Rezende de Carvalho, propone la “Calle de Ouvidor” en Río de Janeiro como un lugar de conexión y heterogeneidad racial y social del que emergerá la “bohemia carioca”. Esa calle ofrece el punto de intersección de la confrontada transformación urbana decimonónica entre el pasado (comunitario) y el futuro (ideal) de dos sitios opuestos: Paco (patrimonial y ennoblecida) y Rossio (pobre y negra). Por su parte, Paulo Garcez se ocupa de la comprensión imaginaria de la Avenida Paulista. Ésta aparece como el espacio de disputa de los estilos de la vieja y la nueva elite, evidente también en los roles de la vivienda como mecanismo de distinción social. Pero además la Avenida Paulista visibiliza la batalla de estilos y los lenguajes arquitectónicos historicistas y neocoloniales, lenguajes que se contraponían a la identificación pedagógica nacional patrimonial brasileña.

En el mismo capítulo Pablo Ansolabehere analiza el vínculo de la ciudad y la bohemia de Buenos Aires para detenerse en los espacios públicos y de sociabilidad (formas de vida, prácticas, posturas y hábitos) de un conjunto de intelectuales, artistas y literatos que constituyeron tanto una forma de identidad individual y colectiva porteña como espacios de resistencia al estilo ético y estético del mundo burgués. A pesar del detallado análisis, a nuestro parecer el autor logra parcialmente dar cuenta de la dimensión cualitativa relativa a los usos, alcances, disputas conceptuales y trasgresiones temporales del término “bohemia”, pues cabe preguntarnos ¿qué eventos históricos heterogéneos hicieron posible que la ciudad produjera su bohemia? ¿sólo los ejes comunes y diferenciales de los hábitos sociales de vida existentes entre Europa y Buenos Aires estuvieron en juego allí?

El segundo capítulo, “Lenguas para lo nuevo y la memoria (1910-1930)”, reúne los trabajos de cinco autores. Los objetos y métodos empleados para rastrear las “arenas culturales” de las ciudades de La Plata, Córdoba, Montevideo, Recife, Buenos Aires y San Pablo son diversos. Gustavo Vallejo nos invita a registrar el origen épico de La Plata, su planificación racional a fines del siglo XIX como “ciudad ideal” y los debates intelectuales posteriores sobre el progreso social y el rol de la educación. El autor destaca el factor de “lo nuevo” de la mujer y su rol público así como el factor de la “nueva generación”, referente educativo universitario y sello de la nueva ciudad latinoamericana. En la misma senda de producción letrada, Ana Clarisa Agüero nos guía por la Córdoba de 1918, relacionando la

escena “cultural” y “política” con la formación de la “ciudad”. La autora se vale de las temporalidades (braudelianas) largas y cortas para detectar el quiebre del “tiempo normal” de la ciudad, en el cual se condensa un crisol de procesos urbanos, formas sociales y momentos culturales diversos. Se detiene en los pliegues profundos del rol agencial que los actores y su transversalidad asociativa ocupan en esa ciudad. Esos pliegues posibilitaron el movimiento de la reforma universitaria de 1918, produjeron una oscilación semántica y la distinción entre barrios, centro y suburbios y fueron decisivos en la articulación transversal entre cultura, ciudad y sociedad.

En el mismo capítulo, Jorge Myers recorre la “arena cultural” de la ciudad de Montevideo entre 1917-1933. Analiza los diversos circuitos intelectuales uruguayos para iluminar las tensiones, los espacios de combate e identidades y la productividad (cenáculos, tertulias, vida bohemia, vanguardia y producción de revistas) de una “ciudad letrada”. Además, atiende a los anhelos de modernidad condensados en las evocaciones literarias entre lo universal y lo local, y enfrentados a los procesos de aceleración y el ruido de la “ciudad futura”. Y contrasta esos anhelos con la significación nacional que aspiraba a una ciudad cosmopolita. José Tavares Correia de Lira, por su parte, nos conduce a la ciudad de Recife desde una entrada metodológica que incardina la literatura y la biografía social. Penetra en una “Historia Íntima” tanto de la vida y obra del ensayista e intelectual Gilberto Freyre como de la producción cultural de la ciudad. Ello le permite captar las mediaciones y articulaciones de los aspectos memoriales fugaces, privados, ficcionales y domésticos de la miniatura concreta. Pero también ilumina los anclajes sociales, públicos e históricos en tanto “autobiografía colectiva”.

Un punto alto del presente eje es el artículo de Lila Caimari, quien delinea el mapa social del proceso de modernización de la Buenos Aires de 1920-1930 por medio del léxico popular: “el lunfardo”, ese oxímoron que aglutina los italianismos, galicismos, anglicanismos, etc., en un tránsito que la autora define como “mezcla devenida pureza, de la pureza de la mezcla”. El lunfardo habría fortalecido la expansión de hablas y la resistencia cultural de identidades reales e imaginarias, más allá de sus estigmatizaciones (delitos y bajos fondos). Se habría colocado entre la crítica “antiporteña” y “antimoderna” de las elites sobre el uso normativo e hispanista de la lengua, por un lado, y la polifonía y polisemia de los lenguajes del arrabal y su mapa de extensión de hablas en la ciudad, por el otro. Cierran este capítulo Fernanda Arêas Peixoto y Alexandre Araujo, quienes analizan la construcción del edificio Martinelli en San Pablo como un proceso y símbolo de la “experiencia individual”.

Se condensaría allí la somatización del ritmo veloz del crecimiento moderno capitalista y la posibilidad de captar el debate ambivalente sobre lo moderno desde las “arenas culturales” de los años ’30.

El tercer capítulo, “Escena de Modernización (1940-1970)”, aborda las ciudades de Bogotá, Caracas, Río de Janeiro, Brasilia y Salvador. Los objetos y métodos son variados. Germán Mejía nos traslada a la Colombia de 1948 para tensionar la memoria vivida y aprendida, y penetrar en un imaginario contradictorio que va desde la destrucción de la ciudad (el Bogotazo) hasta las capas profundas del “mito” sobre la muerte del líder liberal Eliecer Gaitán y de la “hipérbole” de la violencia y furia de un pueblo enardecido. Con ello iluminar la crisis de la “vieja ciudad” y su tránsito a la “ciudad cosmopolita”. Por su parte, Gustavo Guerrero se vale del análisis del tiempo y la imagen, de la fotografía y los films, para vislumbrar la modernización de Caracas en los años ’50. Atiende también a los discursos y programas gubernamentales, institucionales y urbanísticos, como los del presidente Marcos Pérez Jiménez.

Otros autores ofrecen otros objetos y entradas metodológicas al análisis de los espacios culturales. Julia O’Donnell apuesta por el estudio del “barrio” y toma el caso del balneario de Copacabana en el Río de Janeiro de los ’50. El artículo tiene el mérito de contrastar canciones como fuentes y de trazar la distancia entre una Copacabana cantada y una vivida, que hizo del “barrio” más que un homenaje y competencia en la proyección internacional con Río de Janeiro. Ello devela el tránsito entre el auge y el declive de los espacios de condensación de diferentes culturas urbanas, erigidas por un determinado repertorio simbólico de modernidad, cosmopolitismo y disputas sobre la nacionalidad y la localidad.

Brasilia es analizada por Nísia Trindade y Tamara Rangel a partir del debate intelectual que generó el proyecto del gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1961), de implantar una ciudad modernista en la zona del “Sertón”. Las autoras se detienen en ese lugar polisémico y en disputa: definido por el atraso, lo semiárido, la distancia del poder público y de la modernización, pero también definido por su habitat paradisíaca y su condición de nación auténtica.

Salvador, capital del estado de Bahía entre (1945-1964), es abordada por Silvana Rubino a partir de intelectuales, músicos, novelistas, críticos de arte y periodistas, en sus “tipos de narrativas”, “temporalidades” y “representaciones”. El artículo identifica las paradojas del proceso de transformación histórica e imaginaria de la ciudad, esto es, de capital del país a su caída, declinación y aislamiento. Se trata de un salto y renacimiento cultural y vanguardista,

pues Salvador preserva la “identidad moderna” y la “identidad tradicional”, “lo vanguardista” y “lo popular”.

El cuarto capítulo, “Escenas Partidas (1940-1970)”, retoma los conflictos del tránsito de la modernidad de las ciudades de Quito, Montevideo, Buenos Aires, Lima, San Pablo y Santiago. La ciudad de Ecuador se reconstruida desde los “trajines callejeros”, objeto de estudio concebido por el autor Eduardo Kingman como forma de hacer, estar y pensar un espacio público entonces en disputa, confrontado por reformas de diferenciación y formas de representación civilizatorias, sociales, raciales y elitistas. Ese espacio ofrecía oportunidades, socialización, consumos y publicidades subalternas para los sectores medios, populares e indígenas que creaban las “arenas culturales populares”. A pesar del agudo análisis, el autor no precisa la edificación teórica e histórica de los alcances y debates sobre la resignificación del concepto de “espacio público”.

Por su parte, Ximena Espeche, en su invitación al Montevideo de los años ‘50, analiza las tensiones y complementos entre el campo/ciudad. Ello le permite identificar los anhelos, imaginarios y transformaciones de dos perspectivas. Por un lado, la identificación del campo atrasado y la ciudad cosmopolita, un binomio que alterna el debate intelectual entre identificar un problema o una solución, entre mirar a Europa como virtud y dar la espalda a América Latina como signo de pobreza y ruralidad. Por el otro, el giro propuesto por una utopía conciliadora entre la resignificación del “campo” y sus virtudes, y “la ciudad” como formas de recuperar el pasado en diálogo al futuro.

Uno de los puntos altos de este capítulo es el texto de Adrián Gorelik. Allí se vislumbra a Buenos Aires de manera dual, la Villa Miseria y la Ciudad, y a partir de ellas se atiende a los circuitos y arenas de la vida intelectual y a las representaciones ideológicas en conflicto sobre lo moderno en los años ‘50 y ‘60, esto es, desde el reformismo, desarrollismo o comunismo al radicalismo estético y político, tanto marxista como populista. En algunos casos esas miradas están cargadas de optimismo, en otros portan un prisma crítico, por la alienación y fractura, así la Villa Miseria pierde el sentido de excrecencia para adquirir el de otredad. La ciudad de Lima del periodo que va de 1940 a 60 es analizada por Anahi Ballent. La autora atiende a las fisuras y quiebres de temporalidad, “la hora cero”. Uno de esos quiebres se da entre 1940 y 1950, se trata de una “ciudad dividida” entre “el cerro y la ciudad”; el otro entre 1960 y 1970, una ciudad confrontada por los nuevos cruces entre la “ciudad tradicional” y la “periferia popular”. Por otra parte, Heloisa Pontes opta por adentrarse entre lo vivido y lo significado a partir de la escena teatral paulista de los años 1958-69. Para ello se vale de la

dramatúrgica de Gianfrancesco Guarnieri, Jorge Andrade, Consuelo de Castro, entre otros, y sobre todo de los personajes creados por ello. Éstos son erigidos en agentes de cambio y caja de resonancia de las transformaciones de la ciudad. Gonzalo Cáceres cierra el capítulo con una indagación de las relaciones entre producción intelectual, localización residencial y representaciones sociales de Santiago de Chile entre los años 1960 y 1970. El artículo estudia el rol de la ciudad, por un lado, como refugio y meridiano de políticos e intelectuales de la izquierda latinoamericana y, por el otro, como espacio elegido para fundar centros de investigación social. El análisis de las diversas formas de representación de artistas, cineastas, dramaturgos y políticos deja entrever a Santiago como una “ciudad dual”, tensionada por los programas del reformismo democratacristiano y por la experimentación de la Unidad Popular y el cosmopolitismo frustrado por el golpe militar de 1973. Cabría quizás aquí un abordaje de las zonas grises, o bien de los complementos y aproximaciones de ambas posturas.

El último capítulo, “Espectáculos Urbanos (1990-2010)”, se ocupa de las “arenas culturales” del presente histórico desde el cine, el teatro y la telenovela. Gonzalo Aguilar analiza la institución cultural “Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente” (BAFICI) para iluminar el nuevo retrato filmico de ver la ciudad, las expectativas performativas de significar y relacionar un cambio profundo entre los movimientos culturales de vanguardia, las fuerzas locales barriales desde el Mercado de Abasto (*workshop*, cafés y teatros) y las relaciones de resistencia y conflicto, frente a los programas de reformas urbanas (pro marketing-shopping), del consumo y del capitalismo global.

En este mismo sentido, el trabajo de Guilherme Wisnik, “San Pablo. Oficina: un teatro atravesado por la calle”, aborda a la ciudad desde su ciclo de vida (inicio, destrucción, reconstrucción y expectativas). Se trata de una verdadera “arena cultural” de la ciudad, *locus focus* que condensa sus disputas, reflexiones y destinos, y se detiene en el barrio de Bexiga y las obras “antropofágicas” de reformas urbanas. Por último, Beatriz Jaguaribe analiza Río de Janeiro desde la representación mediática de las telenovelas. El rol performativo de los melodramas televisivos le ofrece una interesante entrada para comprender los hábitos e imaginarios ligados a nuevos idearios mitológicos y a imágenes de la ciudad. Barrios, favelas, suburbios y circuitos turísticos son narrados por *O Globo* ya no desde los viejos anhelos de la “ciudad letrada”, es decir, en sus disputas políticas e idearios de nación y denuncia pública, sino desde una metrópolis audio visual.

En síntesis, el libro que reseñamos reúne veinticinco autores, trece ciudades y cinco momentos temporales para aportar nuevos aires de análisis, métodos y fuentes (lugares,

espacios culturales, círculos intelectuales producciones letradas y audiovisuales). Se trata de una obra indispensable para los horizontes y posibilidades de una Historia Cultural e Intelectual Urbana. Y uno de los desafíos que abre es considerar algunas ciudades y culturas periféricas aún no analizadas, como Valparaíso, Concepción, Cuzco, La Paz, Arequipa, Asunción, Medellín, Mendoza, entre otras; pues esa ampliación vislumbra un salto cualitativo en la senda iniciada por José Luis Romero con su estudio de las ciudades latinoamericanas, ahora abordadas como “arenas culturales”.